

BASTA, S. A.

## Stephen King

Morrison esperaba a alguien que había quedado retrasado por el atascamiento del tráfico aéreo sobre el aeropuerto Kennedy, cuando vio una cara conocida en el extremo de la barra y se encaminó a su encuentro.

—¿Jimmy? ¿Jimmy McCann?

Era él. Estaba un poco más gordo que cuando Morrison lo había visto el año anterior en la Exposición de Atlanta, pero por lo demás tenía muy buen aspecto. En la Universidad había sido un fumador empedernido, flaco y pálido, oculto detrás de unas gafas con armazón de carey. Aparentemente las había trocado por lentes de contacto.

—¿Dick Morrison?

—Sí. Tienes un aspecto estupendo. —Le tendió la mano e intercambiaron un apretón.

—Tú también —respondió Mc Cann, pero Morrison sabía que era mentira. Últimamente trabajaba demasiado, comía demasiado y fumaba demasiado—.

¿Qué vas a beber?

—Whisky y bitter —dijo Morrison. Se sentó sobre un taburete, rodeándolo con las piernas, y encendió un cigarrillo—. ¿Esperas a alguien, Jimmy?

—No, voy a una conferencia en Miami. Un cliente importante. Nos compra seis millones. Se supone que debo tratarlo con cuidado porque perdimos una cuenta importante para la próxima primavera.

—¿Sigues con «Crager y Barton»?

—Ahora soy vicepresidente ejecutivo.

—¡Fantástico! ¡Te felicito! ¿Cuándo sucedió todo esto? —Intentó convencerme de que el gusanillo de la envidia que le carcomía el estómago no era más que un problema de acidez. Sacó un tubo de píldoras antiácidas y trituró una entre los dientes.

—En agosto pasado. Sucedió algo que transformó mi vida. —Miró a Morrison en forma inquisitiva y sorbió el contenido de su vaso—. Tal vez te interesará.

«Dios mío —pensó Morrison con un respingo interior—. Jimmy McCann se ha hecho religioso.»

—Claro que sí —asintió, y vació su vaso de un trago cuando se lo sirvieron.

—No me encontraba muy bien —explicó Mc Cann—. Problemas personales con Sharon, mi padre murió de un infarto, y yo empecé a tener unos accesos de tos espasmódica. Un día Bobby Crager pasó por mi oficina y me endilgó un sermón paternal. ¿Recuerdas cómo son?

—Sí. —Morrison había trabajado dieciocho meses en «Crager y Barton» antes de

pasar a la «Morton Agency»—. O entras en razón o te ponen de patitas en la calle. Mc Cann se rió.

—Eso es. Bien, para rematarlo, el médico me dijo que tenía un principio de úlcera. Me ordenó que dejara de fumar. —Mc Cann hizo una mueca—. Me habría resultado más fácil dejar de respirar.

Morrison hizo un ademán de neto asentimiento. Los no fumadores podían permitirse el lujo de ser petulantes. Miró con disgusto su propio cigarrillo y lo aplastó, seguro de que encendería otro al cabo de cinco minutos.

—¿Lo dejaste? —preguntó.

—Sí, lo dejé. Al principio pensé que no podría... Hacía trampas como un loco. Hasta que conocí a un tipo que me aconsejó visitar un instituto de Forty-sixth Street. Especialistas. Me dijo que no tenía nada que perder y fui. Desde entonces no he vuelto a fumar.

A Morrison se le desencajaron los ojos.

—¿Qué hicieron? ¿Te inyectaron una droga?

—No. —Había sacado la billetera y hurgaba en su interior—. Aquí está. Sabía que tenía una conmigo. Depositó sobre la barra, entre ellos, una tarjeta comercial.

BASTA, S. A.

¡No se haga humo! 237 East 46th Street Pida hora para su tratamiento

—Quédatela, si quieres —dijo Mc Cann. Te curarán. Te lo garantizo.

—¿Cómo?

—No puedo contártelo.

—¿Eh? ¿Por qué no?

—Eso forma parte del contrato que te hacen firmar. De todos modos, durante la entrevista te explican cómo es el sistema.

—¿Firmaste un contrato?

Mc Cann hizo un ademán de asentimiento...

—Y sobre esa base...

—Sí. —Le sonrió a Morrison, que pensó: «Bien, ha sucedido. Jim Mc Cann se ha sumado a las filas de los estúpidos petulantes.»

—¿Por qué el secreto, si el instituto es tan fantástico? ¿Por qué nunca he visto publicidad en la TV, ni carteles, ni anuncios en las revistas...?

—Consiguen todos los clientes que necesitan por las referencias que se transmiten de forma personal.

—Tú trabajas en publicidad, Jimmy. No puedes creer eso.

—Lo creo —insistió Mc Can. Tienen un promedio de curación del noventa y ocho por ciento.

—Espera un momento, exclamó Morrison. Pidió otra copa y encendió un cigarrillo ¿Estos individuos te atan y te obligan a fumar hasta que vomitas?

—No.

—¿Te hacen ingerir algo para que te descompongas cada vez que enciendes...?

—No, no se trata de nada de eso. Compruébalo por ti mismo. Señaló el cigarrillo de Morrison. No te gusta realmente, ¿verdad?

—Nooo, pero...

—Cuando dejé de fumar mi vida cambió radicalmente —prosiguió Mc Cann—. Supongo que no les sucederá lo mismo a todos, pero en mi caso fue una reacción en cadena. Me sentí mejor y mi relación con Sharon se enmendó por completo. Tenía más energías y rendía más en el trabajo.

—Escucha, has despertado mi curiosidad. ¿No podrías...?

—Lo siento, Dick. Realmente no puedo hablar de eso. Se mostró categórico.

—¿Aumentaste de peso?

Por un momento le pareció que Jimmy McCann tenía un talante casi lúgubre.

—Sí. En verdad me excedí. Pero volví a adelgazar. Ahora tengo el peso casi justo. Antes era enclenque. «Los pasajeros del vuelo 206 deben embarcar por la Puerta 9», anunció el altavoz.

—Ése es mi avión exclamó Mc Cann, mientras se levantaba. Dejó caer un billete de cinco dólares sobre la barra. Tómate otra copa, si quieres. Y piensa en lo que te he dicho. En serio. Entonces desapareció, abriéndose paso entre la multitud hacia la escalera mecánica. Morrison cogió la tarjeta, la miró con expresión cavilosa, la guardó en su billetera y la olvidó. Un mes más tarde la tarjeta cayó de su billetera sobre otra barra. Había salido temprano de la oficina y había entrado allí para pasar la tarde bebiendo. Las cosas no marchaban bien en la «Morton Agency». En realidad, marchaban terriblemente mal. Le dio a Henry un billete de diez para pagar la bebida, y después levantó la tarjetita y volvió a leerla: 237 East Forty-sixth Street. Estaba a sólo doscientos metros. Era un día fresco y soleado de octubre, y quizá, para distraerse un poco... Cuando Henry le trajo el cambio, terminó su bebida y salió a caminar. Basta, S. A., se hallaba en un nuevo edificio donde el alquiler mensual de las oficinas debía ser equivalente al sueldo anual de Morrison. A juzgar por el tablero con la nómina de empresas que se exhibía en el vestíbulo, sus oficinas ocupaban toda una planta. Y esto era un testimonio de riqueza. Mucha riqueza. Subió en el ascensor y desembocó en un recinto suntuosamente alfombrado, de donde pasó a una sala de recepción decorada con excelente gusto y con un amplio ventanal desde donde se veían los insectos que se desplazaban velozmente por la calle. Tres hombres y una mujer ocupaban las sillas alineadas a lo largo de las paredes, y estaban leyendo revistas. Todos tenían porte de ejecutivos. Morrison se acercó al escritorio.

—Un amigo me dio esto, explicó, entregándole la tarjeta a la secretaria. Supongo que se podría decir que fue un alumno del instituto.

La joven sonrió e introdujo un formulario en la máquina de escribir.

—¿Su nombre, señor?

—Richard Morrison.

Clak-clakety-clak. Pero un tecleo muy apagado. La máquina era una IBM.

—¿Su domicilio?

—29 Maple Lane, Clinton, Nueva York.

—¿Casado?

—Sí.

—¿Hijos?

—Uno.

Pensó en Alvin y frunció ligeramente el ceño. «Uno» no era el término preciso. Habría sido más correcto decir «Medio». Su hijo era retrasado mental y estaba internado en una escuela especial, en New Jersey.

—¿Quién lo ha recomendado, señor Morrison?

—Un viejo condiscípulo. James Mc Cann.

—Muy bien. ¿Quiere sentarse y esperar un momento? Éste ha sido un día muy ajetreado.

—De acuerdo.

Se sentó entre la mujer, que usaba un severo traje sastre azul, y un joven ejecutivo de americana espigada y patillas a la moda. Extrajo un paquete de cigarrillos, miró en torno y vio que no había ceniceros. Volvió a guardar los cigarrillos. Estupendo. Les seguiría la corriente y encendería uno al salir. Si lo hacían esperar mucho incluso dejaría caer la ceniza sobre la peluda alfombra marrón. Cogió un ejemplar del Time y empezó a hojearlo. Lo llamaron un cuarto de hora más tarde, después de la mujer del traje azul. Su centro nicotínico ya estaba clamando a gritos. Un hombre que había entrado después que él había extraído una pitillera, la había abierto con un chasquido seco, había visto que no había ceniceros y la había guardado..., con expresión un poco culpable, según le pareció a Morrison. Eso lo hizo sentir algo mejor. Por fin la secretaria lo miró con una sonrisa radiante y dijo:

—Puede pasar, señor Morrison.

Morrison pasó por la puerta situada detrás del escritorio y se encontró en un corredor iluminado con luces indirectas. Un hombre corpulento, de cabello blanco y aspecto taimado, le estrechó la mano, sonrió afablemente y dijo:

—Sígueme, señor Morrison.

Guió a Morrison frente a una serie de puertas cerradas, desprovistas de identificación, y por último abrió una de ellas, situada más o menos en la mitad del pasillo, utilizando una llave. Se trataba de una austera habitación con dimensiones reducidas, cuyas paredes estaban forradas con paneles blancos de corcho perforado. El único mueble era un escritorio con una silla a cada lado. En la pared situada detrás del escritorio había algo que parecía ser una pequeña ventana alargada, pero estaba cubierta con una cortinilla verde. En la pared situada a la izquierda de Morrison colgaba la foto de un hombre alto, de cabello gris acerado. Sostenía una hoja de papel en la mano. Le pareció vagamente conocido.

—Soy Vic Donatti —se presentó el hombre fornido—. Si resuelve someterse a

nuestro programa, yo seré su supervisor.

—Mucho gusto en conocerlo —dijo Morrison. Estaba ansioso por fumar un cigarrillo.

—Siéntese.

Donatti depositó el formulario de la secretaria sobre la mesa, y después extrajo otro del cajón. Clavó sus ojos en los de Morrison.

—¿Quiere dejar de fumar?

—Sí, murmuró.

—¿Quiere firmar esto? Le entregó el impreso a Morrison. Éste lo leyó por encima. El firmante se compromete a no divulgar los métodos o técnicas, etcétera, etcétera.

—Por supuesto —asintió, y Donatti le colocó una estilográfica en la mano. Garabateó su nombre y Donatti firmó abajo. Un momento después el papel desapareció en el cajón de la mesa.

«Bien —pensó Morrison irónicamente—, he prestado juramento. No era el primero. Una vez había aguantado dos días íntegros.»

—Correcto —dijo Donatti—. Aquí no nos molestamos en hacer propaganda, señor Morrison. Ni en formular preguntas sobre su estado de salud, su presupuesto o su condición social. No nos interesa saber por qué desea dejar de fumar. Somos pragmáticos.

—Me alegro —respondió Morrison con tono apático.

—No empleamos drogas. No recluimos a discípulos de Dale Carnegie para que lo sermoneen. No recomendamos ninguna dieta especial. Y no aceptamos dinero hasta que ha transcurrido un año de que ha abandonado el vicio.

—Dios mío, exclamó Morrison.

—¿El señor McCann no se lo informó?

—No.

—¿Cómo se encuentra el señor McCann, entre paréntesis? ¿Está bien?

—Sí.

—Magnífico. Excelente. Ahora..., sólo unas pocas preguntas, señor Morrison. Son un poco personales, pero le aseguro que esta información es estrictamente confidencial.

—¿Sí? —murmuró Morrison con indiferencia.

—¿Cómo se llama su esposa?

—Lucinda Morrison. Su apellido de soltera era Ram-sey.

—¿La ama?

Morrison levantó bruscamente la vista, pero Donatti lo miraba con expresión plácida.

—Sí, desde luego.

—¿Ha tenido problemas conyugales? ¿Alguna separación, quizá?

—¿Qué relación tiene esto con el hecho de dejar de fumar? —preguntó Morrison.

No había querido reaccionar con tanto enfado, pero deseaba, diablos, necesitaba, un cigarrillo.

—Tiene mucha relación —contestó Donatti—. Por favor, sea paciente.

—No. Nada por el estilo. —Aunque últimamente la convivencia había sido un poco difícil.

—¿Tiene un solo hijo?

—Sí. Alvin. Asiste a una escuela privada.

—¿Qué escuela?

—Eso no se lo diré, espetó Morrison con tono hosco.

—Está bien, asintió Donatti afablemente. Desarmó a Morrison con una sonrisa. Todas sus preguntas las contestaré mañana durante la primera sesión del tratamiento.

—Me alegro, dijo Morrison, y se levantó.

—Una última pregunta, agregó Donatti—. Hace más de una hora que no fuma. ¿Cómo se siente?

—Bien, mintió Morrison—. Sencillamente bien.

—¡Lo felicito! exclamó Donatti. Contorneó el escritorio y abrió la puerta. Disfrute de sus cigarrillos esta noche. A partir de mañana jamás volverá a fumar.

—¿De veras?

—Se lo garantizamos, señor Morrison —afirmó Donatti solemnemente.

Al día siguiente, a las tres en punto, estaba sentado en la antesala de Basta, S. A. Había pasado la mayor parte del día preguntándose si faltaría a la cita que le había dado la secretaria al salir, o si concurriría con un espíritu de terca recuperación... Endílguese su mejor discurso, amigo.

Al fin, algo que había dicho Jimmy Mc Cann lo indujo a asistir a la entrevista... Sucedió algo que transformó mi vida. Dios sabía que a su vida le vendría bien un cambio. Y además sentía curiosidad. Antes de entrar en el ascensor fumó un cigarrillo hasta el filtro. «Si es el último, paciencia», pensó. Tenía un sabor horrible. Esta vez no tuvo que esperar tanto tiempo. Cuando la secretaria lo invitó a entrar, Donatti lo estaba esperando. Le tendió la mano y sonrió, y Morrison tuvo la impresión de que esa sonrisa era casi rapaz. Empezó a sentirse un poco tenso y esto le hizo desear un cigarrillo.

—Acompáñeme, dijo Donatti, y lo guió hasta la pequeña habitación. Volvió a sentarse detrás del escritorio y Morrison ocupó la otra silla. Me alegro mucho de que haya venido continuó Donatti. Muchos posibles clientes no vuelven después de la entrevista inicial.

Descubren que no tienen interés como creían en dejar de fumar. Será un placer cooperar con usted en esto.

—¿Cuándo empieza el tratamiento? «Hipnosis —pensaba—. Debe de ser hipnosis.»

—Oh, ya ha empezado. Empezó cuando nos dimos el apretón de manos en el

corredor. ¿Lleva cigarrillos encima, señor Morrison?

—Sí.

—¿Puede dárme los, por favor?

Morrison se encogió de hombros y le entregó el paquete a Donatti. De todos modos sólo quedaban dos o tres.

Donatti depositó el paquete sobre la mesa. Después, sonriendo, y sin dejar de mirar fijamente a Morrison, cerró el puño y empezó a descargarlo sobre el paquete de cigarrillos, que se arrugó y aplastó. La punta de un cigarrillo roto salió despedida. Se dispersaron las hebras de tabaco. Los puñetazos de Donatti retumbaron con fuerza en la habitación cerrada. A pesar de la violencia de sus golpes la sonrisa seguía estereotipada en su rostro, y le produjo un escalofrío a Morrison. «Quizás es sólo el estado de ánimo que quieren inspirar», pensó.

Por fin Donatti cesó de martillear. Cogió el paquete, triturado y maltrecho.

—No creerá cuánto placer me produce esta operación dijo, y dejó caer el paquete en la papelera. Incluso después de repetirla durante tres años, me sigue regocijando.

—Como tratamiento deja bastante que desear —comentó Morrison afablemente. En el vestíbulo de este mismo edificio hay un quiosco de periódicos. Y allí venden todas las marcas.

—Como usted diga, respondió Donatti. Cruzó las manos. Su hijo, Alvin Dawes Morrison, está en la Escuela Paterson para Niños Retardados. Nació con una lesión cerebral. Coeficiente intelectual 46. No entra en la categoría de los retardados reeducables. Su esposa...

—¿Cómo averiguó eso? rugió Morrison. Estaba sobresaltado y furioso. No tiene derecho a meter sus condenadas narices en mi....

—Sabemos mucho acerca de usted prosiguió Donatti apaciblemente. Pero, como dije, todo es estrictamente confidencial.

—Me iré de aquí —siseó Morrison. Se levantó.

—Quédese un poco más. Morrison lo estudió atentamente. Donatti no estaba turbado. En verdad, parecía un poco divertido. Su semblante era el de un hombre que había presenciado la misma reacción docenas de veces..., centenares, quizá.

—Está bien. Pero espero que sepa lo que hace.

—Oh, claro que lo sabemos. —Donatti se repantigó en su asiento—. Le expliqué que somos pragmáticos. En este contexto, tenemos que empezar por comprender hasta qué punto es difícil curar la adicción al tabaco. El índice de recidivas es de casi el ochenta y cinco por ciento. La tasa de recaídas de los adictos a la heroína es menor. Se trata de un problema extraordinario. Extraordinario. Morrison miró hacia la papelera. Uno de sus cigarrillos, aunque torcido, aún parecía estar en condiciones de ser fumado. Donatti se rió jovialmente, metió la mano en la papelera y lo rompió entre los dedos.

—A veces alguien propone en las legislaturas de los Estados que el sistema

carcelario suprime la ración semanal de cigarrillos. Estas mociones son derrotadas invariablemente. En los pocos casos en que fueron aprobadas, se desencadenaron terribles motines. Motines, señor Morrison, ¿Qué le parece?

—No me sorprende —contestó Morrison.

—Pero piense en las connotaciones. Cuando usted manda a un hombre a la cárcel lo priva de su vida sexual normal, del alcohol, de la actividad política, de la libertad de movimiento. No se subleva..., o las sublevaciones son escasas, cuando se las compara con el número de prisiones. Pero basta que le quite los cigarrillos y... ¡zas! Descargó el puño sobre la mesa, para dar mayor énfasis a sus palabras. Durante la Primera Guerra Mundial, cuando en el frente interno alemán nadie conseguía cigarrillos, era común ver a los aristócratas alemanes recogiendo colillas del arroyo. Durante la Segunda Guerra Mundial, muchas mujeres norteamericanas recurrían a las pipas cuando escaseaban los cigarrillos. Éste es un problema fascinante para un auténtico pragmático, señor Morrison.

—¿Podemos pasar al tratamiento?

—En seguida. Acérquese aquí, por favor. Donatti se había levantado y estaba junto a las cortinillas verdes que Morrison había visto el día anterior. Donatti las corrió y dejó al descubierto una ventana rectangular a través de la cual se veía una habitación vacía. No, totalmente vacía no. Sobre el suelo había un conejo, que comía granulos de una escudilla.

—Lindo animalito —comentó Morrison.

—Es cierto. Obsérvelo. Donatti pulsó un botón contiguo al marco de la ventana. El conejo dejó de comer y empezó a brincar como enloquecido. Cada vez que sus patas tocaban el piso parecía saltar a mayor altura. Tenía la piel erizada en todas direcciones, y los ojos desencajados.

—¡Deténgase! ¡Lo está electrocutando! Donatti soltó el botón.

—De ninguna manera. La corriente que circula por el suelo es muy débil. ¡Mire al conejo, señor Morrison!

El animal estaba agazapado a unos tres metros de la escudilla de alimento. Agitaba los morros. De pronto se fue saltando a un rincón.

—Si el conejo recibe una descarga con suficiente frecuencia mientras come explicó Donatti, asocia en seguida los dos hechos. El comer genera dolor. Por consiguiente, no come. Unas pocas descargas más y el conejo se morirá de hambre delante de su alimento. Esto se denomina terapia de aversión.

A Morrison se le iluminó la mente.

—No, gracias. Se encaminó hacia la puerta.

—Espere, por favor, señor Morrison. Morrison no se detuvo. Cogió el pomo de la puerta... y lo sintió resbalar bajo su mano.

—Traiga la llave y abra esto.

—Señor Morrison, tenga la gentileza de sentarse...

—Abra esta puerta o haré que la Policía les caiga encima antes de que tengan



tiempo de decir «Hombre de Malboro».

—Siéntese. La voz fue tan fría como el hielo. Morrison miró a Donatti. Sus ojos marrones estaban turbios y eran sobrecogedores. «Dios mío —pensó—, estoy encerrado aquí con un psicópata.» Se humedeció los labios. Nunca en su vida había sentido tantos deseos de fumar un cigarrillo.

—Permita que le describa con mayor detalle el tratamiento, manifestó Donatti.

—No me entiende, respondió Morrison con fingida paciencia. No quiero tratarme. He decidido renunciar.

—No, señor Morrison. Usted es el que no entiende. No tiene otra alternativa. Cuando le anuncié que el tratamiento ya había empezado, le estaba diciendo la pura verdad. Pensé que usted va se había dado cuenta de ello.

—Está loco dijo Morrison, pasmado.

—No. Sólo soy un pragmático. Le hablaré del tratamiento.

—Sí —contestó Morrison—. Siempre que usted entienda que apenas salga de aquí me compraré cinco paquetes de cigarrillos y los fumaré en el trayecto hasta la Comisaría. De pronto se dio cuenta que se estaba mordiendo la uña del pulgar, que la estaba succionando, y se forzó por interrumpir ese acto.

—Como quiera. Pero creo que cambiará de idea cuando tenga una imagen más completa. Morrison permaneció callado. Volvió a sentarse y cruzó las manos.

—Durante el primer mes de tratamiento, nuestros supervisores lo vigilarán constantemente, anunció Donatti. Localizará a algunos. No a todos. Pero siempre lo seguirán. Siempre. Si ven que fuma un cigarrillo, me telefonarán.

—Y supongo que usted me traerá aquí y repetirá el viejo truco del conejo dijo Morrison. Intentaba que su tono fuera frío y sarcástico, pero de pronto se sintió despavorido. Era una pesadilla.

—Oh, no lo corrigió Donatti. El truco del conejo se lo haremos a su esposa, no a usted. Morrison lo miró estúpidamente. Donatti sonrió.

—Usted, agregó, mirará.

Después de que Donatti le abrió la puerta, Morrison caminó durante más de dos horas totalmente aturdido. Era otro día hermoso, pero no le prestó atención. La monstruosidad del rostro sonriente de Donatti eclipsaba todo lo demás.

—Verá, le había dicho, un problema pragmático exige soluciones pragmáticas. Debe darse cuenta de que lo hacemos por su bien.

Según Donatti, Basta, S. A., era una especie de fundación, una organización sin fines de lucro creada por el hombre cuyo retrato colgaba de la pared. Ese caballero había acumulado una gran fortuna con varias empresas familiares..., que abarcaban, entre otras cosas, máquinas tragamonedas, salones de masajes, quinielas, y un comercio activo (aunque clandestino) entre Nueva York y Turquía. Mort Tres Dedos Minelli había sido un fumador empedernido..., de hasta tres paquetes por día. El papel que sostenía en la foto era un diagnóstico médico: cáncer de pulmón. Mort había fallecido en 1970, después de dotar a Basta, S. A.,

con fondos familiares.

—Procuramos equilibrar las salidas y las entradas, en la medida de lo posible había agregado Donatti. Pero lo que más nos interesa es ayudar al prójimo. Y, por supuesto, tenemos ventajas fiscales.

El tratamiento era de una sencillez escalofriante. A la primera transgresión, introducirían a Cindy en lo que Donatti llamaba «el cuarto del conejo». A la segunda, Morrison recibiría su dosis. A la tercera, los introduciría a los dos juntos. La cuarta transgresión demostraría que existían graves problemas de cooperación que se corregían con medidas mucho más drásticas. Enviarían un agente a la escuela de Alvin para darle una paliza al chico.

—Imagínese, manifestó Donatti, sonriendo, qué horrible sería para el chico. No lo entendería aunque alguien se lo explicara. Sólo sabría que lo están castigando porque papá se ha portado mal. Se asustaría mucho.

—Cerdo asqueroso exclamó Morrison, impotente. Se sentía al borde del llanto. Sucio hijo de puta inmundo.

—No me interprete mal —prosiguió Donatti. Sonreía con expresión afable. Estoy seguro de que eso nunca sucederá. El cuarenta por ciento de nuestros clientes no han sido castigados nunca... Y sólo un diez por ciento ha cometido más de tres infracciones. ¿No le parece que estas estadísticas son muy tranquilizadoras? Morrison no las encontraba tranquilizadoras sino terroríficas.

—Claro que si incurre en una quinta transgresión...

—¿A qué se refiere?

Donatti sonrió de oreja a oreja.

—La habitación para usted y su esposa, una segunda paliza para su hijo y una paliza para su esposa.

Morrison, que se hallaba fuera de sí, se abalanzó sobre Donatti, pasando por encima del escritorio. Donatti se movió con una rapidez que resultaba asombrosa en un hombre que parecía estar totalmente relajado. Deslizó la silla hacia atrás, levantó ambos pies sobre la mesa y los clavó en el estómago de Morrison. Éste retrocedió, haciendo arcadas y tosiendo.

—Siéntese, señor Morrison, lo exhortó Donatti amablemente. Discutamos todo esto como seres racionales.

Cuando por fin recuperó el aliento, Morrison hizo lo que le ordenaban. Las pesadillas tenían que terminar alguna vez, ¿verdad?

Donatti siguió explicando que Basta, S. A., operaba con una escala de castigos de diez intensidades. La sexta, la séptima y la octava consistían en nuevas incursiones en el cuarto de los conejos (con mayor voltaje) y en palizas más violentas. La novena intensidad consistiría en fracturarle los brazos a su hijo.

—¿Y la décima? preguntó Morrison, con la boca seca.

Donatti meneó la cabeza tristemente.

—Llegados a ese punto nos damos por vencidos, señor Morrison. Usted entra a

formar parte del dos por ciento de incorregibles.

—¿Se dan realmente por vencidos?

—Es una manera de decir. Abrió uno de los cajones del escritorio y depositó sobre la mesa una 45 con silenciador. Sonrió mirando a los ojos de Morrison. Pero ni siquiera el dos por ciento de incorregibles vuelve a fumar. Se lo garantizamos. La película del viernes por la noche era Bullitt, una de las favoritas de Cindy, pero después de aguantar durante una hora los movimientos impacientes y los refunfuños de Morrison, no pudo seguir concentrándose.

—¿Qué te sucede? le preguntó, mientras pasaban la carta de ajuste del canal.

—Nada... todo —gruñó él. He dejado de fumar. Cindy rió.

—¿Desde cuándo? ¿Desde hace cinco minutos?

—Desde las tres de la tarde.

—¿Verdaderamente no has fumado desde entonces?

—No, respondió Morrison, y empezó a mordisquearse la uña del pulgar. Estaba mellada, roída hasta la cutícula.

—¡Es fantástico! ¿Qué fue lo que te hizo tomar semejante decisión?

—Lo hice por tí —contestó—. Por tí... y por Alvin. Los ojos de Cindy se dilataron, y cuando se reanudó la proyección de la película no lo notó. Dick no mencionaba casi nunca a su hijo retrasado. Se acercó a él, observó el cenicero vacío junto a su mano derecha, y luego lo miró a los ojos.

—¿De veras estás tratando de dejarlo, Dick?

—De veras. Y si recurriera a la Policía, agregó mentalmente, la pandilla local de gorilas vendría a cambiarte la cara, Cindy.

—Me alegro. Aunque no lo logres, los dos te agradecemos esta iniciativa, Dick.

—Oh, creo que lo lograré, afirmó él, pensando en la expresión velada, homicida, que había aparecido en los ojos de Donatti cuando le asestó el puntapié en el estómago. Esa noche durmió mal, con un sueño intermitente y sobresaltado.

Aproximadamente a las tres se despertó por completo. Las ansias de fumar un cigarrillo eran intensísimas. Bajó y entró en su estudio. La habitación estaba en el centro de la casa. No tenía ventanas. Abrió el cajón superior del escritorio y miró adentro, fascinado por la caja de cigarrillos. Miró en tomo y se humedeció los labios.

Vigilancia permanente durante el primer mes, había dicho Donatti. Dieciocho horas por día durante los dos siguientes..., pero nunca sabría cuales serían esas dieciocho. Durante el cuarto mes, que era el momento en que la mayoría de los clientes reincidían, el «servicio» volvería a abarcar las veinticuatro horas del día. Después, doce horas de vigilancia escalonada cada día, durante el resto del año. ¿Y después? Una cierta vigilancia durante el resto de la vida del cliente.

Durante el resto de su vida.

—Es posible que lo controlemos cada dos meses, había dicho Donatti—. O cada dos días. O durante toda una semana, dentro de dos años. Lo importante es que

usted no lo sabrá. Si fuma, jugará con dados cargados. ¿Estarán vigilando? ¿Estarán llevándose a mi esposa en este mismo momento, o enviando un hombre en busca de mi hijo? Magnífico, ¿no le parece? Y si da una chupada a hurtadillas, tendrá un sabor inmundito. El sabor de la sangre de su hijo.

Pero no podían estar vigilándolo en ese instante, en mitad de la noche, en su propio estudio. En la casa reinaba un silencio sepulcral. Miró durante casi dos minutos los cigarrillos de la caja, sin poder apartar la vista. Después fue hasta la puerta del estudio, espió el pasillo vacío, y volvió a contemplar los cigarrillos durante otro rato. Cobró forma una imagen macabra: toda su vida se extendía ante él y no encontraba ni un cigarrillo. En nombre de Dios, ¿cómo podría volver a proponerle una campaña difícil a un cliente desconfiado, sin un cigarrillo consumiéndose plácidamente entre sus dedos mientras él movilizaba los gráficos y los diseños? ¿Cómo podría soportar las interminables exposiciones de jardinería de Cindy, sin un cigarrillo? En fin, ¿cómo podría levantarse por la mañana y enfrentar el día sin fumar un cigarrillo mientras bebía el café y leía el periódico? Se maldijo por haberse metido en ese embrollo. Maldijo a Donatti. Y maldijo, sobre todo, a Jimmy Mc Cann. ¿Cómo podía haberle hecho eso? El muy hijo de puta lo sabía. El deseo de estrangular a Jimmy Mc Cann hizo que le temblaran las manos. Volvió a pasear la mirada por el estudio, sigilosamente. Metió la mano en el cajón y extrajo un cigarrillo. Lo acarició, lo sobó. ¿Cómo decía el viejo eslogan publicitario? Tan redondeado, tan firme, tan compacto. Nunca había oído una mayor verdad. Se llevó el cigarrillo a la boca y después se detuvo, con la cabeza inclinada.

¿Había oído un ruidito en el armario? ¿Un ligero desplazamiento? Claro que no. Pero...

Otra imagen mental: el conejo brincando demencialmente bajo los efectos de la electricidad. Figurarse a Cindy en ese cuarto.

Escuchó atentamente y no oyó nada. Se dijo que le bastaría con acercarse a la puerta del armario y abrirla de un tirón. Sin embargo, era demasiado terrorífico pensar en lo que podría hallar. Volvió a la cama, pero tardó mucho en dormirse. Aunque esa mañana se sentía pésimamente, le encontró buen sabor al desayuno. Después de vacilar un momento, complementó su acostumbrado plato de copos de maíz con otro de huevos batidos. Estaba lavando la sartén, enfurruñado, cuando Cindy bajó vestida con su bata.

—¡Richard Morrison! No has comido un huevo con el desayuno desde los tiempos de Maricastaña.

Morrison lanzó un gruñido. A su juicio «desde los tiempos de Maricastaña» era una de las frases más estúpidas de Cindy, sólo comparable a «iría sonriendo al patíbulo».

—No.

—Reincidirás antes del mediodía, proclamó Cindy sarcásticamente.

—¡Gracias por la ayuda que me prestas! bramo él, enardecido. Tú y los demás que no fumáis, creéis todos... oh, no importa.

Pensó que Cindy se enfadaría, pero vio que lo miraba con una expresión próxima a la admiración.

—Lo dices realmente en serio, exclamó. Realmente.

—Claro que sí.

Ojalá que nunca sepas hasta qué punto lo digo en serio.

—Pobrecillo, dijo Cindy, acercándose a él. Pareces la imagen recalentada de la muerte. Pero estoy muy orgullosa de ti. Morrison la abrazó con fuerza. Escenas de la vida de Richard Morrison, octubre-noviembre: Morrison y un colega de «Larkin Studios» en el bar de Jack Dempsey. El colega le ofrece un cigarrillo. Morrison aprieta su vaso con un poco más de fuerza y dice: Lo he dejado. El colega se ríe y contesta: Te doy una semana.

Morrison espera el tren de la mañana, y mira por encima del Times a un joven de traje azul. Ahora ve al joven casi todas las mañanas, y a veces en otros lugares. En «Onde's», donde se reúne con un cliente. Mirando discos en San Goody's, donde Morrison ha ido a buscar un álbum de Sam Cooke. Una vez en un grupo de cuatro, detrás del de Morrison, en el club local de golf: Morrison se embriaga en una fiesta, tiene ganas de fumar un cigarrillo..., pero no está tan borracho como para encenderlo. Morrison visita a su hijo, le lleva un gran balón que chilla cuando lo aprieta. El beso baboso y complaciente de su hijo. Quién sabe por qué no tan repulsivo como antes. Abraza con fuerza a su hijo, y descubre lo que Donatti y sus colegas han comprendido con tanto cinismo antes que él: que al fin y al cabo la droga más perniciosa es el amor. Los románticos pueden seguir debatiendo su existencia. Los pragmáticos lo aceptan y lo utilizan.

Morrison pierde poco a poco la compulsión física de fumar, pero no se libra por completo del anhelo psicológico, ni de la necesidad de tener algo en la boca: pastillas contra la tos, caramelos, un mondadientes. Sustitutos insuficientes, todos ellos.

Y, finalmente, Morrison detenido en el Midtown Tunnel en un atasco de tráfico de increíbles proporciones. Oscuridad. Estridencia de claxons. Atmósfera pestilente. El tráfico irremisiblemente embotellado. Y de pronto, abre la guantera y ve un paquete de cigarrillos parcialmente abierto.

Los miró un momento y luego cogió uno y lo prendió con el encendedor del tablero de instrumentos. Si sucede algo la culpa será de Cindy, se dijo con ánimo desafiante. Le había ordenado que se deshiciera de todos los malditos cigarrillos. La primera chupada le hizo toser convulsivamente el humo. La segunda lo hizo lagrimear. La tercera lo hizo sentirse ligero y mareado. «Tiene un sabor inmundito», pensó. E inmediatamente después: ¿qué estoy haciendo?

Los claxons sonaron impacientemente detrás de él. Delante, la columna de vehículos se había puesto nuevamente en marcha. Aplastó la colilla en el

cenicero, abrió las dos ventanillas delanteras y las aletas de ventilación y después abanicó impotentemente el aire como un chico que acaba de hacer correr por el inodoro su primer cigarrillo.

Su coche siguió a los otros con una serie de sacudidas espasmódicas y condujo hasta su casa.

—Cindy, exclamó. Ya he llegado. Silencio.

—¿Cindy? ¿Dónde estás, cariño?

Sonó el teléfono y él se abalanzó sobre el aparato.

—¿Sí? ¿Cindy?

—Hola, señor Morrison, respondió Donatti. Su tono era placenteramente conciso y formal. Creo que tenemos que dilucidar un pequeño asunto de negocios. ¿Le resultará cómodo venir a las cinco?

—¿Mi esposa está con usted?

—Claro que sí, rió Donatti de forma indulgente.

—Escuche, déjela salir, balbuceó Morrison. No volverá a suceder. Fue un desliz, sólo un desliz, y nada más. ¡Sólo le di tres chupadas y le juro que ni siquiera sabía bien\

—Qué lástima. ¿Lo espero a las cinco, entonces?

—Por favor, suplicó Morrison, al borde del llanto. Por favor... Estaba hablándole a un teléfono incomunicado.

A las cinco de la tarde la antesala estaba desierta, con excepción de la secretaria que le dedicó a Morrison una sonrisa rutilante sin hacer caso de su palidez y su desaliño.

—¿Señor Donatti? dijo la secretaria por el interfono. El señor Morrison ha venido a verle, le hizo un ademán con la cabeza a Morrison. Puede pasar.

Donatti lo esperaba frente a la habitación no identificada, acompañado por un hombre que ostentaba la camiseta con la leyenda SONRÍA y empuñaba una 38. Tenía la complexión de un gorila.

—Escuche, le dijo Morrison a Donatti. Podemos llegar a una transacción, ¿verdad? Le pagaré. Le...

—Cierre el pico, espetó el hombre de la camiseta con la leyenda SONRÍA.

—Me alegra verlo, manifestó Donatti. Aunque lamento que sea en una circunstancia tan penosa. ¿Quiere acompañarme? Lo abreviaremos lo más posible. Le aseguro que a su esposa no le ocurrirá nada malo..., esta vez.

Morrison se preparó para abalanzarse sobre Donatti.

—Vamos, vamos, exclamó Donatti, con expresión fastidiada. Si hace eso, mi amigo Junk le dará una paliza y su esposa recibirá igualmente las descargas. ¿Qué beneficio podría reportarle eso?

—Ojalá se pudra en el infierno, siseó Morrison. Donatti suspiró.

—Si me hubieran dado cinco céntimos por cada vez que alguien ha enunciado ese mismo deseo, ya podría jubilarme. Que esto le sirva de lección, señor

Morrison. Cuando un romántico trata de hacer una buena obra y fracasa, le dan una medalla. Cuando un pragmático tiene éxito, lo mandan al infierno. ¿Vamos? Junk hizo una seña con la pistola. Morrison entró en la habitación, delante de ellos. Se sentía aturdido. Habían corrido la cortinilla verde. Junk lo empujó con el cañón del arma. «Así debían de sentirse quienes presenciaban lo que ocurría en las cámaras de gas», pensó. Miró hacia dentro. Cindy estaba allí, y miraba azorada en tomo.

—¡Cindy! gritó Morrison angustiado. Cindy, ellos...

—No puede oírlo ni verlo, le informó Donatti. El cristal es transparente en una sola dirección. Bien, terminemos con esto. En realidad sólo fue un desliz insignificante. Creo que bastarán treinta segundos. ¿Junk?

Junk pulsó el botón con una mano mientras con la otra seguía clavando implacablemente la pistola en la espalda de Morrison.

Fueron los treinta segundos más largos de su vida. Cuando terminó la sesión, Donatti apoyó la mano sobre el hombro de Morrison y le preguntó:

—¿Va a vomitar?

—No, respondió Morrison débilmente. Tenía la frente apoyada contra el cristal. Sus piernas se habían trocado en gelatina. No lo creo.

Dio media vuelta y vio que Junk se había ido.

—Venga conmigo, dijo Donatti.

—¿A dónde? inquirió Morrison apáticamente.

—Creo que tendrá que explicar algunas cosas, ¿no le parece?

—¿Cómo podré enfrentarla? ¿Cómo podré decirle que yo... yo...?

—Sospecho que va a recibir una sorpresa, señor Morrison, comentó Donatti.

En la habitación sólo había un sofá. Cindy estaba sentada en él, sacudida por sollozos impotentes.

—Cindy, le dijo suavemente. Ella levantó la vista, con los ojos dilatados por las lágrimas.

—¿Dick? Oh... Oh, Dios... Morrison la abrazó con fuerza. Dos hombres, balbuceó ella contra su pecho. En la casa. Al principio pensé que eran ladrones y después pensé que me iban a violar y después me llevaron a un lugar con los ojos vendados y... y... oh, fue horrible...

—Shhh, dijo él. Shhh.

—¿Pero por qué? preguntó Cindy, alzando la vista. ¿Por qué me...?

—Por mí, contestó él. Debo contarte una historia, Cindy...

Cuando Morrison concluyó, permaneció un momento callado y después agregó:

—Supongo que me odias. No te culparé por ello. Morrison tenía la mirada clavada en el piso y Cindy le cogió el rostro entre las manos y lo volvió hacia el de ella.

—No, murmuró. No te odio. «Vale la pena, prosiguió Cindy. Bendita sea esta gente. Te han sacado de una prisión. Él la miró, enmudecido por la sorpresa.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, contestó Cindy, y lo besó. ¿Ahora podemos volver a casa? Me siento mucho mejor. Mejor que nunca.

El teléfono sonó una tarde, una semana más tarde, y cuando Morrison reconoció la voz de Donatti, dijo:

—Sus hombres se equivocan. Ni siquiera me he acercado a un cigarrillo.

—Lo sabemos. Tenemos que conversar con usted sobre una última cuestión.

Entre paréntesis, le felicito por su ascenso.

—¿Cómo se enteró?

—Nos mantenemos informados, respondió Donatti con tono indiferente, y cortó.

Cuando entraron en la pequeña habitación, Donatti dijo:

—No se ponga tan nervioso. Nadie va a morderlo. Suba ahí, por favor.

Morrison vio una balanza de baño.

—Escuche, he aumentado un poco de peso, pero...

—Sí, es lo que le sucede al setenta y tres por ciento de nuestros clientes. Suba, por favor.

Morrison subió, y la aguja de la balanza señaló ochenta y siete kilos.

—Correcto. Ya puede bajar. ¿Cuánto mide, señor Morrison?

—Un metro ochenta.

—Muy bien, veamos. Extrajo de su bolsillo delantero una tarjetilla plastificada.

Oh, no está tan mal. Le daré una receta para unas píldoras dietéticas muy ilegales. Utilícelas con moderación y ciñéndose a las instrucciones. Y fijará su peso máximo en... veamos... Volvió a consultar la tarjeta. Noventa y un kilos, ¿qué le parece? Y puesto que hoy es primero de diciembre, lo esperaré todos los primeros de mes, para controlar su peso. Si no puede venir no se preocupe. Bastará con que nos telefonee por anticipado.

—¿Y qué sucederá si me excedo de los noventa y uno? Donatti sonrió.

—Enviaremos a alguien a su casa para que le corte el dedo meñique a su esposa, sonrió. Puede salir por esa puerta, señor Morrison. Le deseo un buen día. Ocho meses más tarde:

Morrison se encuentra en el bar de Dempsey con su colega de los «Larkin Studios».

Morrison se mantiene en lo que Cindy llama orgullosamente su peso de batalla: ochenta y cinco kilos. Hace gimnasia tres veces por semana y está en perfectas condiciones físicas. En cambio, su colega de Larkin parece un despojo traído por el gato. Colega: Jesús, ¿cómo conseguiste dejar de fumar? Yo estoy prisionero de este maldito vicio.

El colega aplasta el cigarrillo con auténtica repulsión y vacía su whisky.

Morrison lo mira pensativamente y luego extrae de la billetera una tarjetita comercial blanca. La deposita sobre la barra, entre ellos. Sabes, dice, estos tipos cambiaron mi vida.

Doce meses más tarde: Morrison recibe una factura por correo. La factura dice:



BASTA,S. A.

237 East 46th Street Nueva York, N.Y. 10017

1 Tratamiento 2.500,00 dólares

Asesor (Victor Donatti) 2.500,00 dólares

Electricidad 0,50 dólares

TOTAL (Rogamos abonar esta suma) 5.000,50 dólares

¡Hijos de puta!, ruge. Me cobraron la electricidad que usaron para... para...

Paga y cállate, dice ella, y lo besa.

Veinte meses más tarde:

Morrison y su esposa se encuentran por casualidad con Jimmy Mc Cann y señora en el «Helen Hayes Theatre». Hacen las presentaciones. Jimmy está tan rozagante como aquel día, hace tanto tiempo, en la terminal del aeropuerto. O está aún mejor. Morrison no conocía a su esposa. Es muy bella, con ese encanto rutilante que a veces irradian las muchachas sencillas que son muy, muy felices. Le tiende la mano a Morrison y éste se la estrecha. Nota algo raro y en la mitad del segundo acto descubre qué es lo que le ha llamado la atención. Le faltaba el dedo meñique de la mano derecha.